



EL MEDICO EN FORMACION PERMANENTE

El español medio entra en contacto con el médico de cinco a diez veces al año, ya sea para la adopción de medidas preventivas (vacunaciones o reconocimientos) o para el tratamiento de enfermedades o traumatismos. En general, da por supuesto que el médico al que consulta o que le visita está al día en sus conocimientos teóricos y prácticos, y que desde que salió de la Facultad, ha hecho lo necesario para mantener actualizada su formación.

El problema no es tan fácil como parece a primera vista, e incluso en países más avanzados que el nuestro existe hoy una gran inquietud en lo que se refiere a la necesidad de prestar la debida atención a la formación permanente del médico. En la reciente reunión del Consejo Ejecutivo de la OMS, el profesor Von Manger-Koenig, de la Alemania del Oeste, señalaba que en su país «la población adopta una actitud más crítica que nunca antes acerca de la labor del médico, y que planteaba a las autoridades el problema de saber si los médicos eran capaces de mantenerse al corriente de los progresos de la Medicina curativa y, en particular, preventiva».

Consciente de la necesidad de abordar la cuestión, la OMS convocó recientemente un Comité de Expertos en Enseñanza Continua para Médicos, que, como primera medida, envió un cuestionario a las autoridades de 132 países; sólo 61 de ellos dieron respuestas utilizables; y el especialista encargado de su análisis las resumió afirmando que: «No obstante el general reconocimiento de la im-

portancia que la enseñanza continua tiene, los esfuerzos actualmente desplegados en ese sector son con frecuencia asistemáticos, reciben escasa ayuda, apenas guardan relación con los progresos de la pedagogía moderna, tienen carácter episódico, se orientan más a la transmisión de informaciones nuevas que a la mejora del rendimiento y no responden a un análisis de las necesidades y prioridades sanitarias».

La situación es, pues, inquietante, y lo es aún más si se tiene en cuenta que sus remedios no son fáciles. ¿Dispone el médico del tiempo necesario para estudiar cada día? ¿Posee la motivación necesaria para hacerlo? ¿Queda recompensado de algún modo su esfuerzo? Las posibilidades más corrientes que se le ofrecen al médico para proseguir su formación son: 1) La asistencia a conferencias, cursillos o sesiones clínicas; 2) la participación en congresos, y 3) la lectura de libros y revistas.

Aunque en teoría los dos primeros medios están abiertos a todos los médicos, en la práctica suelen quedar limitados a los que trabajan en centros universitarios o parauniversitarios y a los que ejercen en los centros urbanos, que, en conjunto, representan evidentemente una minoría del personal médico de un país.

Los libros son de utilidad manifiesta, pero tienen el grave inconveniente de que en el momento de aparecer, y sobre todo en ciertas especialidades en rápido progreso en la actualidad (inmunología y genética, por ejemplo), están ya en parte anticuados. Quedan en-

tonces las revistas como principal vehículo de los conocimientos médicos recientes; éstas ofrecen la importante ventaja de su difusión (muchas son enviadas gratuitamente por los laboratorios que las publican o patrocinan) y el gran inconveniente de su elevado número. Desde que en 1734 apareció en España la primera revista médica («Efemérides Barómetro-Médicas Matritenses»), su diversidad ha aumentado a un ritmo acelerado, y puede calcularse que hoy necesitaría el médico de una hora diaria sólo para hojear las revistas que le llegan gratuitamente.

¿Ante esa avalancha cómo puede hacerse una selección? Ante todo, no hay que considerar que todas las revistas de laboratorio son tendenciosas y contienen una publicidad farmacéutica más o menos encubierta. En España hay un ejemplo bien notorio de revista de esa categoría que ofrece una información internacional y nacional de gran amplitud y de una marcada objetividad. En lo que se refiere a las revistas dependientes de Colegios de Médicos, sociedades de especialistas o editoriales, puede afirmarse sin ningún género de dudas que sería preferible publicar menos y mejores.

Los médicos de renombre se ven tan solicitados, que a veces dan a la luz artículos que sería preferible hubieran guardado en el cajón de su despacho. En una valiente autocrítica, publicada hace unas semanas en «Le Monde», el profesor Henri Gastaut (neurólogo de reputación mundial) consideraba que, con arreglo a criterios puramente objetivos, entre sus 512 ar-

tículos publicados en un cuarto de siglo, sólo 36 (el 7 por 100) habían tenido una influencia notable y únicamente 12 habían dado lugar a repercusiones de excepcional importancia.

Pero la lectura de revistas tiene la grave desventaja de su carácter eminentemente teórico. El médico necesita el contacto personal con sus colegas mejor preparados, no sólo para aprender de ellos, sino como estímulo para perseverar en su continuado esfuerzo formativo.

Nada más fácil que reprochar al «médico de pueblo» su rutinarismo y su falta de interés por el perfeccionamiento continuado, pero, ¿cuántos cursillos se organizan cada año en el país para esos sufridos profesionales? ¿Cuántas becas existen para que puedan abandonar su diario quehacer y pasar un breve período en un medio universitario? En ese sentido es digna de encomio la labor emprendida por la Academia de Ciencias Médicas de Cataluña y Baleares con la organización de ciclos de conferencias y mesas redondas en las principales poblaciones de su sector de actividades (Vich, Mataró, Reus, etcétera).

Sin embargo, es muy poco lo que se hace en relación con las necesidades existentes, y las Facultades, las Academias, los Colegios y todas las instituciones interesadas deberían ocuparse a fondo del problema antes de que empiecen a llover sobre los médicos españoles demandas judiciales por incompetencia profesional, como sucede ya en buen número de países. ■ DOCTOR J. A. VALTUEÑA.